

vigilante y sobre las mezquitas el muezin absorto en sus plegarias. Lo cierto es que no ha encontrado el musulmán, habitante del Carmelo y del Líbano en que mezclan sus vibraciones los cedros y sus salmos los profetas; conquistador de aquel Bósforo, en cuyas orillas Europa y Asia se juntan y en cuyos lejos gallardean el Olimpo y el Parnaso; rey en el Cairo, á las orillas feraces del misterioso Nilo donde crecen palmas canoras como guzlas de poetas; dueño de las orillas del Tigris y del Eufrates, no ha encontrado tierra ninguna para vivir y morir como esta tierra de los volcanes y de las nieves, fresca y abundosa cual una pradera virgen, de cármenes cortados en las peñas como los antiguos jardines babilónicos, de confluencias como las que forman el impetuoso Darro y el sosegado Genil, de torres gallardas circuidas por florestas con tales plantas que semejan edenes y coronadas por almenas de tales facetas que semejan piedras preciosas al bruñido del sol y al esmalte de los aires. En cada recodo del camino, siempre que brillaba entre los ramajes una torre, del encendido color de los corales; una rotonda con todos los matices del oro; una extensión amplísima confundiendo en dilatado cuadro varios y hermosos objetos; Vera suspiraba de impaciencia porque la corona de Castilla, el yugo y las haces de sus reyes pudieran grabarse pronto en aquel encantado paraíso, donde los olivos de oscuro color y con álamos de cimbreantes ramas se unían con los granados de rojas flores; los limoneros cuajados de

azahar; los palmerales de majestuosas oscuras coronas con las moreras de hojas lustrosísimas; y las adelfas en el fondo de los secos y pedregosos torrentes con los castañares en las altas laderas de los frescos riscos, componiendo admirables consonancias de rumores y de matices.

#### IV CAPÍTULO

#### CAPÍTULO VI.

---

Codiciando cada vez más á Granada entraron Vera y su comitiva por aquellas puertas que les abrían las leyes del honor, y que por sí mismas se hubieran convertido, acostumbradas á la defensa del último seguro mahometano, en losas de sepulcros para los embajadores españoles. Las herraduras de los brutos; las piezas varias de los armazones, donde sus cuerpos iban encerrados; la reverberación natural de las armas al sol y el giro de las divisas y banderolas al viento, atraían la triste mirada de los moros, henchida de relampagueantes odios. Con los dormanes oscuros, con los alquiceles albos, con los mantos y los albornoces de colores diversos, con los turbantes listados de sedas y gasas, con los rapacejos y bordaduras orientales contrastaban mucho aquellas férreas vestimentas de los embajadores castellanos, parecidos en su rigidez á figuras sacadas de las arme-

rias, estatuas yacentes venidas milagrosamente á caballo, por la luz y el aire, desde la humedad y el silencio de sus fríos y oscuros panteones. Más que los enviados diplomáticos de reyes poderosos y vivos parecían, á la verdad, todos los de tal cortejo aquellos heraldos de piedra, con que la grande arquitectura de la época, el gótico florido y el incipiente plateresco, blasonaba los palacios de príncipes, magnates y reyes. Con la misma indiferencia majestuosa que se ponían á disposición de su rey, penetrando en la ciudad enemiga, fueran todos ellos á morir y ofrecerse como verdaderos holocaustos de grandes sacrificios, en las competencias bélicas y en las cruentas batallas. De paso para el palacio, hasta el cual un escuadrón de moros á caballo, desde las puertas, les seguían y escoltaban por las calles, pudieron advertir cómo crecía la ciudad en el número de sus centinelas, aperebidos con gran vigilancia y armados de todas armas por los altísimos torreones; en la frecuencia de tiendas bien aderezadas y provistas; en el esplendor de bazares, donde se veían los más raros artículos expedidos á sazón del Asia; en la muchedumbre de catalanes y de genoveses, los cuales aflúan atraídos por las granjerías del comercio; en los ricos trajes de las recatadas moras que, tras las celosías brillaban con sus bordados de reales riquísimos y sus pedrerías relucientes como las noches orientales. Penetraron, por fin, allá en lo que podríamos llamar la ciudad especial de los reyes nazaritas por

la puerta que abre paso á la pendiente conocida hoy con el histórico nombre de Cuesta de los Gomeles. En su lengua erótica, un tanto atrevida ó temeraria, los árabes llamaban á las colinas donde se levantaba la oriental Alhambra el ombligo de la tierra. Y en verdad aquellos cármenes, que parecen cónicas macetas; aquellas umbrosas alamedas, á las cuales se dan cita los ruiseñores todos del campo cautivos en su hermosura; el desate y susurro de los manantiales corrientes en todas direcciones y descendidos en trenzas desde las cumbres del encantado cerro; las gotas de los sùrtidores prendidas como un rocío matinal á los pétalos y á las ramas; el encuentro de las rosáceas torres cortadas por ajimeces de bordados mármoles y por áureas celosías; los arcos de herradura en competencia con los arcos de arte gótico que dan á tal estancia, tal jardín ó tal castillo, ingreso; los paisajes que se descubren unas veces sobre los cristales de Sierra Nevada, otras veces sobre las floridas hondonadas del Darro y otras veces sobre la inmensa vega, divertían el ánimo de los embajadores hasta del profundo pensamiento que los embargaba, y casi casi les hacía creer haber llegado á un planeta distinto de nuestro planeta en su extraña correría. Hoy es, hoy mismo, después que los siglos han pasado con la fuerza de sus torrenciales años; después que los moros han huído al desierto africano; después que la incuria y el abandono de tristes siglos ha cegado mil fuentes y derruido mil

camarines hermosísimos, reduciendo tantas maravillas á polvo, por lo menos afeándolos con la triste sobreposición de monumentos á ellas dispares; hoy, cuando entráis, os sobrecoje de tal suerte la magia propia del sitio encantador, que creéis ver las guzlas acompañando á las serenatas, ver los ojos de las sultanas convertidas en huríes tras de las celosías, y habitar aquel mundo extraño donde los caballeros juegan á la sortija en Bibarrambla, los muezines cantan allá sobre los minaretes de las mezquitas, y el postrimer ejército moro alardea en la vega; mientras el romance morisco resuena sobre los pavimentos de jaspe, junto á los surtidores que brotan de alabastrinas tazas, bajo techumbres de alerce cuajadas con varias incrustaciones de blanco marfil africano y estrellas relucientes de oro puro. Poned ahora con vuestra imaginación el árabe satisfecho de poseer tanta tierra; los cuerpos de guardias con sus soldados vestidos de varias túnicas y sus armaduras damasquinadas; las diversas tribus curtidas por el ejercicio de las batallas y por el sol de los desiertos, y ágiles como quienes se acostumbran á continuas guerras; la diversidad de trajes, la copia de objetos raros y artísticos, la riqueza de bazares tenidos por los primeros del mundo musuimán á la sazón; el carmen de raras plantas orientales, el vario juego de surtidores por tazas de tanto brillo recogidos; los baños con la luz tibia que finge un crepúsculo de Andalucía y sus estrellas en la bóveda que fingen una noche de

Oriente; las pajareras formadas con alambres de oro en cuyas redes y jaulas cantan las aves más canoras; el concierto de las dulzainas ó de las chirimías en paz y de los atabales y clarines en guerra; las competencias propias para que los poetas cantasen, como á porfía, el amor y el heroísmo; los desafíos caballerescos, las zambras continuas, los torneos inacabables, la llegada de los emisarios idos á ofrecer sus presentes y á dar promesas de auxilio á los mantenedores del Islam en tierras de España; y decidme cómo resplandecería Granada, con qué brillo en esta última tarde, tan poética, de su historia, y en este último tinte y crepúsculo del ocaso de su vida.

Los emisarios de Isabel y Fernando no se cansaban de mirar la presa que creían tener ya entre sus manos, según la fe que iluminaba y encendía sus corazones y sus conciencias. Sabedores de que se buscaba en aquel viaje antes motivo justo á una enemistad deseada que asiento de paz y concordia, erguíanse, no diremos con provocativos desdenes, pero sí diremos con aquel aire de orgullo satisfecho que cuadra tanto al natural castellano.

Pero sigamos viendo los sitios por donde pasan los embajadores. Á los dos ó tres recodos encuentran gruesa torre de aspecto africano sombreada por altos álamos, cuyo follaje contrasta la ciclópica pesadez de las paredes con su aligero movimiento y su dulcísimo susurro. Llámase aquel monumento la Puerta Judiciaria. Sus arcos de gra-

ciosas herraduras, amplios en guisa de romanos medios puntos, hállanse colocados, uno tras otro, con tal conocimiento de los efectos producidos por la mezcla de luz y sombras á distancia, que fingien todos ellos con sus largas y hermosas perspectivas, fantaseadas galerías. Las brillantes lápidas de mármoles, proclamando los apellidos de los reyes nazaritas, mezclados con los nombres de Alah y su profeta; las puertas claveteadas de hierro y ceñidas en el dintel con arabescos de tierra cocida, bruñidos por barnices varios y semejantes á ricas porcelanas; la corona de almenas esmaltadas por la luz resplandeciente y destacadas en el cielo clarísimo; la llave y su mano, esculpidas sobre la mitad misma del arco, y que, además de simbolizar poderes históricos y políticos, simbolizaba religiosos amuletos contra la mala estrella y las naturales desgracias evocaban las creencias católicas en el ánimo de los caballeros de Santiago y les movían á murmurar oraciones capaces de poner en fuga inmediatamente á los demonios visibles por aquellos simulacros de la mahometana idolatría, tan aborrecida de un cristiano viejo. La Puerta Judicial franqueaba la primera línea de murallas, y la puerta, conocida hoy con el nombre, bien extraño, de Puerta del Vino, franqueaba la segunda línea de murallas, abriendo paso á un patio, en cuyo centro se veía olmo gigantesco, del cual ¡oh! las ramas ofrecían saludables sombras al muftí para que, interpretando los textos del Korán, administrase la

debida justicia. Ya estaba, después de tal patio, cerca del ingreso al palacio, cuando su vista quedó como embobada y estática en el espectáculo, por doquier ofrecido á la contemplación, que no podía permanecer tranquila, y se avivaba en soberano entusiasmo. Á la derecha, y tras los alicatados, ornamento de las galerías y arcos, cual si en el mismo pié de Sierra Nevada se hallase, aquel Generalife misterioso entre cuyos escalonados bosques de cipreses y laureles relucían los miradores ceñidos y tachonados por multicolores porcelanas, que reflejaban los rayos del sol y producían en plena lumbre y esplendor de un soberbio día deslumbradoras estrellas; á la izquierda, y de trecho en trecho, la legión de las torres en todas sus alturas por vistosos guardias ocupadas; en el fondo las colinas, puestas casi en gradería por la naturaleza y sombreadas por los cedros y por los pinos y por las palmas, colinas, á cuyos piés el rojo Albai-cin, ceñido de aloes y de nopales, mostraba las estrechas calles, cuyo recato aumentaban las rece-losas celosías, y los anchos patios, en que los mir-tos y las adelfas y los limoneros y los naranjos entrelazaban sus ramas; cerca de aquel sitio la carrera del Darro, arrastrando sus impetuosas corrientes cargadas de oro entre florestas parecidas por su espesor y por su follaje á selvas, y allá lejos, la sierra Elvira, con sus lavas violáceas concluidas por truncadas pirámides, poniendo un contraste necesario de aridez entre las varias manifestaciones

de tanta y tan copiosa y tan exuberante vida, cuya savia parecía refluir en el corazón de los cristianos, y hacerles sentir y comprender cuánto había de costar á los árabes el desceñirse y apartarse de su predilecta misteriosa hurí, de la incomparable Granada.

Mucho complacen las vistas extensas en las orillas encantadoras del Darro y del Genil; pero aún complacen más, por lo extrañas, las abreviadas y reducidas en aquellos espacios fabricados por la increíble arquitectura de los árabes y embellecidos por sus soberanas artes de ornamentación. Acababan los embajadores de ver la bella Mezquita, que habían dejado á su derecha, fundada por el jefe de los antiguos monarcas nazaritas; cubierta de mosaicos resplandecientes en los cuales se reproducían las flores del campo y las estrellas del cielo; pintada toda ella de azul y oro; y bajo cuyos artonados ardían lámparas de plata, nacar y concha, difundiendo luz, templada misteriosamente por rosadas gasas de seda finísima, en las cuales, todas sus galas para la ornamentación lucían los artífices de Oriente. Pues aun vistos y admirados semejantes edificios, quedáronse fuera de sí los emisarios, cuando las puertas se abrieron y tras largo pasadizo un tanto sombrío y oscuro, preparado para los grandes efectos de luz, penetraron allá en el patio conocido ahora con el nombre de los Arrayanes y conocido entonces con el nombre del Mesuar. Vistoso mosaico, de brillo semejante al de la

pedrería, engalanaba las bases de sus airosas paredes; mostagueras vidriadas, azules y blancas, ornamentaban el suelo, tan brillante como la veneciana cristalería; una grande alberca, por murmuradora fuente alimentada, retrataba en su alegre superficie los esplendores del aire aromados por las rosas y los azahares; guirnaldas de mirtos y arrayanes, contrastaban el claro color de los mármoles con el oscuro y metálico verdor de su follaje, despidiendo juegos maravillosos de aguas; innumerables puertas á cual más bien ornada, con marqueterías riquísimas, como se dice hoy, é incrustaciones de nacar, oro y marfil, abrían paso á misteriosas estancias y ornaban con sus primores, las paredes artísticas del patio; dos galerías brillaban al extremo Norte y Sur por maravilloso modo alicatadas, con cubos parecidos á iris, con rombos circundados de alharacas ligeras, con extrañas cintas que parecían flotar al aire, con hojas de una vegetación casi paradisiaca, con innumerables conchas tan variamente pintadas como las producidas por el mar, con piñas de pinares fantásticos: aquí, un arco semejante á los admirados en Córdoba y sus Aljamas; allí cartelas indias con animales alegóricos, recordando las orillas del Ganges junto á tallados de madera con letras karmáticas, expresión de leyendas, parecidas á las resonantes, así por las riberas del Eufrates, como por las riberas del Nilo; y doquier, preciosas hornacinas ocupadas con vasos gigantescos de áureos esmaltes, columnas torneadas como los

truncos de las palmas, sosteniendo archivoltas de proporciones armoniosas y arcos parecidos á joyas por sus adornos, alhamíes ó sitios de descanso, especie de alcobas estrechas semejantes á capillas, con techumbres de ricas estalactitas lapis-lázuli, con cornisas alacenadas en las cuales se veían los vasos de colorado barro, las armas damasquinadas á maravilla, los candiles de bronce, los pebeteros de aromosas esencias, coordinado todo con tal arte, que hasta los más activos deseaban detenerse allí, entre tantas maravillas, y entregarse por completo á la contemplación del arte y sus milagros en una oriental soñolencia.

A pesar de que parecían verdaderamente agotadas así las riquezas del palacio como los afectos de admiración despertados en sus huéspedes, aún quedaba la maravilla de las maravillas, la sala de los embajadores, cuyas grandes proporciones tenían algo de los monumentos romanos, por su magnitud; y cuyas bóvedas tenían algo también de la singular belleza gótica por lo aligeras y lo complicadas. Imposible imaginar, ni con la fantasía más creadora, los mejuares con sus arcos de atarjas y sus filetes de jairas; los semicírculos bizantinos por ramas de misteriosa encina realzados; las impostas circundadas de letreros cúficos que rezan misteriosas poesías. Aquí, en leyendas incrustadas por las paredes y el friso de las bóvedas, el poeta compara la sala con una novia enriquecida de todas las perfecciones, y con un trasparente vaso lleno de todas las

esencias; allí, confunde sus alharacas riquísimas con diademas de reinas, y las diademas de reinas con aureolas de luna llena. En el alhamí abierto por las paredes, la noble alcárraza rebosante de agua fresca y á su pie los pebeteros lanzando nubes de aromas. En todas partes, incrustada la dulce palabra Beracá, la cual quiere decir, felicidad. En el techo, bóvedas alicatadas, que forman grandes polígonos, en cuyas líneas resaltan misteriosas estrellas. A la parte del Norte, tres balcones, que dan sobre las corrientes del Darro, y que ostentan preciosísimas labores. En un lado el Sevir-Almansud, ó sea, el trono de los reyes de Granada; y en torno suyo, los magnates del reino, los walíes, los ulemas, los muftís, los alcaides y alféreces, rodeados todos de arqueros. Difícil resucitar tanta grandeza, ni con la imaginación más poderosa. Entre aquellas paredes, tan ligeras como los tapices persas, y empapadas en colores varios, y embutidas de cristalizaciones fantásticas por esmaltes orientales realzadas; bajo aquellas bóvedas, compuestas de alerce y ébano, sobre cuyos pardos y negros fondos brillan plata, oro, marfil, lapis-lázuli, nacar, hojas y flores en ramilletes increíbles, astros infinitos en constelaciones deslumbradoras; junto á los cojines y divanes de damasco, que pebeteros cuajados de pedrería perfuman y que bordadas telas envuelven; frente á las alacenas ocupadas por los damasquinados alfanjes y por las mayolicas que parecen reverberar una luz superior á la luz del cielo;

respirando las auras perfumadas de la vega, que penetran por ajimeces y celosías; oyendo la música melodiosa, que sube de Granada y de sus cármenes y de sus bosques; mirando la palabra felicidad, unida con la palabra Dios y entallada por todas partes, los caballeros de Santiago, con sus armaduras y sus cascos frente á los últimos nazaritas con sus turbantes y sus alquiceles, se declaran una guerra, que ha de coronarse con la rota del árabe odiado y la completa unidad y la santa independencia de nuestra hermosa España.

Cuán opuestos sentimientos batallaban en aquella suprema hora, así dentro del corazón que latía bajo la túnica de Hacem como dentro del corazón que latía bajo el férreo peto de Vera. El rey granadino miraba desde su trono al aborrecido nazareno y no podía darse cuenta de las varias consideraciones y respetos bastante fuertes y coercitivos para impedirle aquello que le reclamaban todos sus instintos, lanzarse airado sobre los cristianos y allí mismo despedazarlos. Vera, comendador de Santiago, nacido por tanto para la cruzada perdurable, veía en las paredes hermosísimas de aquel santuario, donde campeaban el Dios y el monarca de sus enemigos, las leyendas más contrarias á sus creencias y los recuerdos más odiosos á su corazón que le movían é incitaban á declarar una guerra universalmente deseada por todos sus compatriotas. La cortesía natural en los asuntos internacionales, tratados entre reyes y embajadores, superó

á todos los arrebatos del odio y le impuso un conveniente lenguaje al par firme y comedido. Recordó, con discreción castellana, los orígenes de la dependencia que Granada, desde los tiempos de San Fernando, debía por costumbre á Castilla y las parias convenidas en múltiples tratados. Corrió muy de ligero, como quien huye de un asunto enojoso y peligrosísimo, sobre los atrasos adeudados á la corona de su monarca y sobre la necesidad imprescindible de satisfacerlos y pagarlos pronto. Un rumor de mal contenido enojo corría en la corte de aquellos musulmanes, vencedores y vencidos tantas veces, según que hablaba Vera evocando antiguas humillaciones y derrotas, dolorosísimas para sus corazones de granadinos y para sus conciencias de creyentes. Hacem, por su parte, no podía contenerse. Parecíale un verdadero insulto aquella recordación de sus derrotas y hasta un reto aquella suavidad con que las contaba el comendador, como si de lo más natural y corriente se tratase. Por tanto, perdida la calma que había imperado en las palabras de su contrario, dió la siguiente respuesta:

—Volveos, y decid á vuestros soberanos cómo han muerto los reyes granadinos capaces de pagarles tributo, y cómo aquí no se bate moneda para sustentarlos, sino que se forjan alfanjes y lanzas para destruirlos.

Mucho imperio necesitó ejercer Vera sobre sí mismo, para no desconcertarse y no redargüirle



con palabras igualmente soberbias y guerreras. Contentóse con bajar la cabeza en signo de profunda cortesía y decir con los ojos todo cuanto callaban adrede los labios. Su pecho se había indudablemente agitado, con la vista de los ejércitos á quienes acometiera tantas veces y con la lectura de aquellas frases árabes talladas en los alerces y en los mármoles que decían las glorias del profeta y recordaban los triunfos de los constructores de aquel maravilloso alcázar y las faenas de los cautivos cristianos que aherrojados, habían puesto piedra sobre piedra en sus maravillosas paredes. Todas las iras de una raza guerrera se agolparon á su corazón, pero ninguna fué bastante poderosa y bastante fuerte á romper la natural clausura de sus labios. Callóse, pues, é indicó bien á las claras, con tal silencio, cómo iba en aquel momento á comenzar una furiosa guerra, quizá la última entre cristianos y moros.

De haber salido con otra persuasión, quizás callara lo que realmente le iba por los labios y le henchía el corazón, la promesa dada en el castillo la noche antes á Isabel, de invocar entre los esplendores del granadino Alcázar, las grandezas de María. Y en efecto, al volver por uno de aquellos patios y observar diversas maravillas en ellos aglomeradas, no pudo contenerse y dijo cómo era imposible que un cristiano viejo envidiase la dulzura de aquel clima, la belleza de aquel horizonte, las delicias de los innumerables vergeles y florestas, el

esplendor de un palacio construido por las huries y digno de ser habitado por la felicidad, cuando se acordaba, con recuerdo bien doloroso, de que allí no se oía por ninguna parte resonar el nombre más grato á los oídos cristianos, el nombre de la Madre del Verbo, de la Hija del Eterno, de la Esposa del Espíritu, de la inmaculada María. Los musulmanes, que le acompañaban cortesmente, y que le iban mostrando todas las bellezas de aquellos sitios como si quisieran, ciegos é imprevisores, despertar su codicia, no pudieron, al oír la extraña expresión de Vera, contener un maligno asomo de burla y escepticismo. La idea que andaba por las mientes de todos, había de ser dicha por alguno. Y en efecto, un sabio ulema de los más industriados en las dos teologías enemigas, de los menos capacitados para comprender el misterio de la Encarnación; repulsivo á toda la raza semítica, observóle cómo en su concepto no cabía que tuviese padre ni madre quien era de suyo anterior al tiempo; y que cupiese dentro del vientre de una mujer quien jamás cupo ni puede caber en la inmensidad del espacio. Oír tal palabra Vera, y poner la mano sobre la empuñadura de su espada, obra fué de un solo momento; ver los musulmanes que acariciaba el comendador sus armas y requerir ellos cimitarras y alfanjes, fué obra también de otro momento; mirar á los árabes en actitud de guerra y apercibirse los castellanos al combate con impulsos de resistir unos y de acometer otros, también fué resolución instantánea de las

que vienen como un relámpago al ánimo y estallan como una centella. En los tranquilos y encantados patios de aquel maravilloso palacio, hubiera comenzado la guerra, si Hacem, bien pronto instruido por algunos cortesanos de lo que sucedía, no sale á recordar el respeto debido al embajador y al huésped. En las puertas del mágico alcázar, tomaron los nuestros sus caballos, y saliendo pronto de Granada, se perdieron en la Vega, después de dejar con todo cuanto había ocurrido tras de sí, una guerra, que á la verdad acababa de comenzar en aquel supremo minuto.

## CAPÍTULO VII.

La salida que tuvo esta embajada, necesariamente había de dar como resultado inevitable la guerra, y la guerra cruenta. Acabado por las palabras de Hacem todo el respeto debido á los antiguos compromisos y á los mutuos pactos, penetraba por las sendas fronteras alternativamente la furia propia de dos razas enemigas, empeñadas en destruirse y aniquilarse, alimentando una guerra sin tregua y sin término. El castillo de los Solís parecíase, por aquel entonces, en las comarcas afligidas de crueles irrupciones, al escollo, donde las olás alteradas se arremolinan, y á la cumbre donde se desatan y estrellan las tormentas. No había irrupción árabe que no diese por aquellas vegas y cañadas, punto estratégico de primer orden, puesto que de sus líneas podían partirse los irruptores hacia Córdoba ó hacia Sevilla con gran facilidad. En cuanto Vera volvió, y alojándose de nuevo allí en